



## Los curas de Oquendo



Esta madrugada — 18 de mayo de 2008 — oí, mientras ponía la comida, maullidos insistentes que entendí me llegaban del patio.

Pensé que la puerta, la cancela, estaría cerrada con llave y que, además, al ser domingo, tal vez no la abriesen en todo el día.

Continué con mi ronda habitual y, unos tres cuartos de hora después, cuando volví por ver si habían cesado, continuaban más lastimeros e insistentes y, la gata blanca y negra, que había parido en los primeros días de abril, me enseñó los dientes.

Supe entonces, con seguridad, que el gato estaba allí, y que era muy pequeño.

Eran para entonces algo más de las seis pero, aunque en este tiempo ya empieza a clarear, me felicité por mi buena idea de llevar siempre conmigo la linterna; así que rodeé el solar tapiado que hace esquina y caminé hasta la puerta de la cancela.

Para mi sorpresa no estaba cerrada con llave y, caminando de puntillas para que no me oyeran, llegué hasta la escalera metálica y, allí estaba, negro, muy pequeño y muy desesperado, pegando gritos y arañando la pared de unos... cuatro, o cinco metros de alta por ese lado.

Cuando llegué a casa eran las seis y media.

Llamé a Pedro, la única persona que podría ayudarme, pero en su móvil saltaba el buzón de voz y le dejé un mensaje “siento molestarte; a lo mejor ni siquiera estás en Madrid, pero hay un gato en el patio de la iglesia y necesito que me ayudes para manejar la escalera de mano y, más difícil todavía, enfrentarme a los curas”; llámame, por favor”.

Lo intenté un poco más tarde y allí seguía el buzón...

Cuando fueron las siete y cuarto me armé de valor y llamé al fijo.

Pedro contestó en seguida. En alguna ocasión me comentó que duerme poco y... allí estaba, dijo, escuchando ópera sentado en su salón.

No tardó mucho, pero vive lejos, y cuando quisimos llegar con la escalera eran algo más de las ocho.

Había pasado nada más hora y media; la prensa enrollada aún estaba en el suelo arrojada, se notaba, por los repartidores que se recorren el barrio, y otros barrios supongo, con música puesta a todo meter y a una velocidad como de locos.

Así que a la calle no habían salido.

Pero, nada más traspasar la cancela, eché de menos los maullidos.

Corrí hasta las escaleras, me asomé, y el gato no estaba.

No estaba el gato, por ninguna parte; y el patio es demasiado hondo, incluso por la parte en que el muro es menos alto, para que la madre lo hubiera podido saltar – hacia arriba, sobre todo, con el gatillo en la boca.

¿Cómo era posible?

Pedro dijo “lo habrán cogido los curas”.

Yo dije que eso no podía ser porque la ventana de junto al suelo tiene barrotes.

“Sí, pero mira – dijo – como tiene esas bisagras; y puede abrirse”.

Nunca me había dado cuenta de que los barrotes pudieran abrirse y, tal vez porque los que se han caído en otras ocasiones – o de los que yo he sabido, al menos – eran gatos mayores y no se atrevieron con ellos esperaron a que, aún teniendo que escuchar sus amenazas de “esto se va a acabar”, fuera yo a recogerlos.

Pero un gato pequeño es otra cosa, más manejable, y conozco personas, y personas que conocen a personas que dicen que otras personas dijeron...; y yo misma conozco a los curas que, antes, cuando iba yo más pronto, a las once o doce de la noche, me increpaban y me echaban agua con una manguera.

Así que no podíamos hacer nada...

A las nueve y media, después de dar una vuelta a Sánchez, me he metido por fin en la cama.

No he podido dormir nada más que a trompicones; un sueño sobresaltado e inquieto en el que veía, nada más, el gato negro y tan pequeño que arañaba la pared maullando.

No lo puedo demostrar, pero yo sé qué ha pasado, y que fue lo que debió de pasar cuando, hará un par de meses, también oí maullidos una madrugada; pero cuando fui a mirar, ya de día, aunque en aquella ocasión no tenía la certeza absoluta de que los maullidos vinieran del patio, al asomarme desde la barandilla no había nada...

En una sociedad civilizada ese tipo de cosas debiera trascender, ser noticia de periódico de primera página; y que todo el mundo supiera cómo son determinados religiosos, y que ningún católico de bien acudiera a sus iglesias ni a sus confesonarios en busca de absoluciones a unas culpas que en cantidad de ocasiones serán, casi seguro, “culpitas” insignificantes comparadas con las que no van a ser causa — lástima que ciertas patrañas de la religión no sean verdad o por lo menos a veces — de que ellos, los curas, ardan en el Infierno para siempre.

✦

19/05/2008 6:13:37

Puede parecer increíble pero hay otro gato en el patio de los curas.

A mí me parece que ya no puedo más...

✦

19/05/2008 23:31:47

Bueno, pues parece obligado rectificar.

Volvimos con la escalera – Pedro hecho un pincel, como es un señor muy elegante, y se puso el pobre un poco perdido con esa especie de herrumbre con que manchan siempre los objetos metálicos – y, esta vez sí, ahí estaba el pequeño ejemplar.

Pequeño e igual de negro que el de la noche anterior, arrebuñado en una de esas matas de algún tipo de helecho, o parecido, que nace espontáneo en las juntas donde hay humedad. Nos costó verlo y eso, unido a que vista de cerca la ventana no parecía haber sido abierta desde tiempo inmemorial, nos hizo pensar que

tenía que ser el mismo de la noche anterior y, allí hecho un ovillo dentro de la mata, no más grande ella desde luego que un manojo de perejil, no lo vimos.

Así que, lo justo es justo, mis disculpas a los curas – aunque sí mantengo que son odiosos; y que esta mañana, que nos cruzamos con el superior, nos miró con odio cuando le dije, escuetamente escalera en ristre: “es que hay un gato en el patio”.

Me miró con odio, pero no contestó.

La criatura está debajo de la cama, y a ratos grita, pero ya no le palpita el corazón ni tiembla entero como cuando llegamos a casa esta mañana.

Lo he rociado con Frontline, por si las pulgas...

En fin: que todo en orden en lo que se refiere a este tema pero en pavoroso desorden en lo concerniente a todo lo demás porque yo, pecando de impulsiva, me he desviado del asunto original, del motivo primigenio que me facilitó el entrar en esta página – porque no es mía, ya se lo expliqué en la [nota](#) donde le contaba que encontré un cuaderno con [esta portada](#) en la balda polvorienta de una estantería feísima<sup>1</sup> que ojeé muy por encima considerando la conveniencia de limpiarla – una vez hube recompuesto el puzzle cuyas piezas llegaron a mis manos de ese modo al que solemos denominar “por azar” pero quizás no lo es tanto y sí, nada más y algo tan previsible cómo, el resultado imprevisible a que conduce un cúmulo de errores ensamblados a base de una concatenación de descuidos, o de negligencias, o de olvidos.

Es comprensible, por otra parte, si nos paramos quien más quien menos a fijarnos un poquito en de qué manera tan tonta y tantas veces nos ponemos a hacer algo, lo que sea, con una intención muy clara y un objetivo muy preciso pero, sin poder decir ni aun aproximadamente cómo, nos vamos quedados prendidos ora aquí ora allá y dispersándonos, diluyéndonos en innumerables minucias que terminan configurando **el**

---

<sup>1</sup> De la que no voy a hablar aquí ni ahora ni tampoco, por supuesto, de [la nota](#).

**todo** en el que hemos perdido, oh dolor, toda una tarde...

Lo malo, en este caso mío en concreto en el que de la mano de los franciscanos me he visto enfrentada a ciertas emociones y abocada a ciertas disquisiciones, es que el caso se ha convertido en un poquito suyo, de usted, y no por causa de su poca simpatía hacia los religiosos o su mucho amor hacia los animales sino porque...

Pero si usted ha llegado hasta **aquí** ha sido, sin duda, buscando algo que no ha encontrado hasta el momento; y si no lo ha encontrado cabe inferirse:

1° Que sigue buscando.

2° Que llevado de quién sabe qué mano usted se haya visto enfrentado a ciertas emociones.

En cualquiera de los dos casos se hallará ahora mismo tan empeñado en su propia búsqueda o tan absorto en sus propias disquisiciones que sería necio por mi parte el esperar que fuera a interesarse por las mías; así que para qué seguir perdiendo el tiempo dándole unas explicaciones que usted, más sensato que yo y muy posiblemente también más práctico, no va a atender...

Lo dejo por tanto en su quehacer e intento, si es que soy capaz de encontrarlo en este maremágnum, regresar al que por circunstancias que le contaré cuando esté menos ocupado es ahora mío.